
RESPUESTA AL DISCURSO DE INGRESO COMO ACADÉMICO CORRESPONDIENTE EN MADRID DE D. GREGORIO MARAÑÓN BERTRÁN DE LIS

Excmo. Sr. Presidente de la Real Academia de San Telmo, Señoras Académicas y Señores Académicos, Ilustrísimas Autoridades, Señoras y Señores:

Acogemos hoy en esta Academia al Excmo. Sr. D. Gregorio Marañón Bertrán de Lis, marqués de Marañón, como Académico Correspondiente en Madrid. La designación para que responda al discurso de ingreso que acaba de pronunciar supone para mí un motivo de honor y de responsabilidad, así como una inmejorable ocasión para volver a celebrar una amistad cuyos orígenes se remontan a más de 50 años.

Acercar y articular la sociedad civil con el poder creo ha sido la piedra angular del Discurso pronunciado por el nuevo Académico Correspondiente. Pero me parece que la interpretación más correcta sería aquella de acercar y articular el poder con la sociedad civil que es, en suma, la hacedora de cultura. El poder no crea cultura; más bien debe facilitar el marco de convivencia de la diversidad cultural, y sostenerlo. Algo análogo ocurre con los museos, cuyos impactos pedagógicos deben estar en los fundamentos mismos de la «ciudad educativa», injertados ellos en el desarrollo cultural de la ciudadanía y visitantes en general, esos que llamamos forasteros o turistas que internacionalizan los edificios que albergan obras de arte. *Mutatis mutandi*, igual pasa con el Teatro Real, tesis magistralmente expuesta por Gregorio Marañón.

La tierra nos permitió curtirnos con los bienes del espíritu y nos enseñó senderos de bien administrar los bienes materiales e inmateriales con el método participativo y redistributivo. En uno de los días de la década de los 60 del pasado siglo, y en una casa periurbana de Madrid, Gregorio Marañón y el que os habla coincidieron en el «bien común» que, mas allá del interés general, es el instrumento más eficaz para la estabilidad de las sociedades y para la paz en el mundo; es la herramienta que, sólo ella, puede ir modificando la teoría del conocimiento en todos los campos del saber y del hacer. Es, en suma, fuente de la graduación progresiva de la epistemología de las ciencias, las artes y las letras, incluido el arte de la convivencia y el arte de la posible, que es política. También coincidimos en una realidad que asume la utopía razonable que abre esperanzas de un futuro mejor. No todo se reduce a una cuenta de resultados en donde el Arte, la Filosofía y las Humanidades son las grandes ausentes o los convidados de piedra, sin voz ni voto. En esa cita de

los 60, que osaba actuar como un elemento más de la futura España democrática, también confluyeron personas que fueron claves en la Transición —el mismo Gregorio— y en los pactos para la redacción de la Constitución de 1978, casi todos ellos, o redactores o integrantes de los equipos detrás de los bastidores. A ese encuentro también acudieron Óscar Alzaga, Fernando Álvarez de Miranda, Gregorio Peces-Barba, Tomás de la Cuadra Salcedo, José Manuel García Margallo, Javier Rupérez, Ignacio Camuñas, Álvaro Gil-Robles, José Luis García Delgado, Santiago Rodríguez Miranda, Pedro Tedde de Lorca, y otros presentes en la memoria. Decíase en aquellos entonces que la amplia mano del cardenal, tan vinculado a Málaga, Ángel Herrera Oria, —sobre todo sus posiciones sobre la «accidentalidad de las formas de gobierno» y «el posibilismo»—, empujaba a aquellos jóvenes inquietos. Este dato no es totalmente cierto, pero tampoco es totalmente falso.

Desde aquel redescubrimiento, —y digo redescubrimiento porque Gregorio Marañón Bertrán de Lis revivificó con razón adulta las raíces humanistas de su abuelo, el Dr. Marañón—, su recorrido es fiel a aquel primer compromiso de juventud con la libertad y con la democracia.

Gregorio ha sabido conjugar, en base a esa primera inspiración, un comportamiento próximo y real con las artes, las letras, el periodismo y con las tareas de animar, dirigir y gestionar en el mundo de las finanzas y de la economía real que, con él, no estuvo ausente una relevante función social.

Jurista de formación y abogado de profesión, amplió estudios en Estados Unidos y los completó con los de Alta Dirección en el IESE. En una primera etapa, concentró esfuerzos en Iberforo, el despacho de abogados que fundara con Óscar Alzaga, y en la Dirección General del Banco Urquijo. A su llegada en 1974, se encontró —y potenció— el Servicio de Estudio y Publicaciones de esta entidad bancaria en donde ya trabajaban, en pro de la cultura de la libertad y del análisis de datos, incluso históricos, Juan Lladó, Jaime Carvajal, José Antonio Muñoz Rojas, Zubiri, Aranguren, Ridruejo, Naharro, Julián Marías, etc. Los Informes del Banco Urquijo, junto a los de FOESSA y a los de la Confederación de Cajas de Ahorros constituían material de obligada consulta para tomar el pulso de España.

Desde muy temprano, Gregorio se interesa por el mundo de la cultura, involucrándose activamente en la defensa del patrimonio histórico y artístico y, desde las posiciones empresariales que ocupa (consejos de administración de Vodafone, Sogecable, Argentaria, Prisa, Universal Music, etc.), promueve la participación de la sociedad civil en múltiples actividades culturales. Esto le condujo, ya en la actualidad, a presidir el Patronato y la Comisión Ejecutiva del Teatro Real —de cuyo recorrido acaba de hacernos partícipes— y de la Fundación Teatro de la Abadía. Es vicepresidente de la Fundación Ortega-Marañón, Presidente de Honor de la Real Fundación Toledo, Patrono de la Biblioteca Nacional, de la Real Fábrica de Tapices, de la Fundación Santillana y del Museo del Ejército. Fue Presidente de la Fundación El Greco 2014.

A principios de los 80, impulsó el relanzamiento de la Asociación de Amigos del Museo Español de Arte Contemporáneo. Fiel a una de sus altas

prioridades, la de la colaboración entre la sociedad civil y la administración pública para la defensa del patrimonio y el conocimiento del arte, estuvo en el origen, y vice-presidió, la Fundación de Apoyo a la Cultura. También se incorpora a la Junta Directiva del Círculo de Bellas Artes de Madrid y al International Council de la Tate Gallery.

En los entretantos, es elegido académico de número de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y de la Academia Europea de Ciencias, Artes y Letras. Es académico honorario de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo. Dejo los honores y reconocimientos formales para el final, aunque hieran su silenciosa modestia: Gran Cruz de Alfonso X el Sabio; Medalla de Oro de las Bellas Artes; Comendador de la Legión de Honor de Francia; Comendador de la Orden de la Stella, de Italia; Medalla de Oro de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha e Hijo Adoptivo de Toledo.

Toledo es una referencia inevitable para comprender estilo y talante en Gregorio Marañón Bertrán de Lis. Un «Cigarral» que me inspira recurrir a unos de los grandes escritores contemporáneos franceses, ya incluido en «La Pléiade», por demás de *l'Académie Française*, Jean d'Ormesson, con el que hice pasillos durante varios años en la UNESCO de París cuando dirigió la prestigiosa revista de Filosofía «Diogène», El conde *d'Ormesson* escribe en su gran relato *Au Plaisir de Dieu* (la traducción es mía), cito: «El pasado era un gran bosque muy bello en donde se cruzaban, al infinito, los ramajes de esos árboles que descendían hasta nosotros». (Fin de la cita). Así es «Memorias del Cigarral (1552-2015)», el último libro publicado de Gregorio. Cascada de hechos de la memoria viva, en donde fue refugio y remanso para el descanso, la reflexión, las interminables y enriquecedoras conversaciones de familia, bajo la silente vigilancia de libros, manuscritos, apuntes, cuadros colgados o en espera de colocarlos ante la luz o ante las sombras de un atardecer. Coto vedado que el Dr. Marañón, el abuelo, abría sus puertas para recibir a amigos de la política, de la medicina, de las artes y de las letras. Cigarral testigo de una parte de la historia de España en donde el nuevo Académico Correspondiente ha asumido la tensión dialéctica de todo intelectual: manejar con el corazón y con la razón la tradición y la posmodernidad.

Desde 1552 hasta nuestros días... El Cigarral de Marañón también me impulsa a recurrir a Jean-Jacques Rousseau que, en su *Discurso sobre las Ciencias y las Artes*, afirma (la traducción es mía): «Grande y hermoso espectáculo ver salir, de alguna manera, de la nada al hombre a través de sus propios esfuerzos. Disipar, con las luces de la razón, las tinieblas con que la naturaleza los había envuelto. Elevarse por encima de sí mismo. Lanzarse con el espíritu hacia las regiones celestes. Recorrer con pasos de gigantes, como el sol, las vastas extensiones del universo. Y, lo que aún es más grande y más difícil, entrar en sí mismo para estudiar el hombre, conocer su naturaleza, sus deberes y su fin. Todas estas maravillas se han ido renovando de generación en generación». (Fin de la cita).

Acéptame esta pequeña desgración, querido Gregorio, hoy, en tu día, que hago en homenaje al eminente médico el Dr. Marañón, tu abuelo. No

INICIAMOS
NUESTROS
PRIMEROS
PASOS CÍVICOS
APRENDIENDO LA
ASIGNATURA DE
LA CONCORDIA,
CUYA
ETIMOLOGÍA
(*CUM CORDE*)
ES UNIÓN DE
CORAZONES

podía evitarlo porque el que ha tenido la satisfacción de recibirte en nombre de esta Real Academia es hijo del que siempre se consideró epígonos suyos, de quien aprendió la rectitud de conciencia junto a la rectitud del diagnóstico, según consta en correspondencia.

Retorno, tras el punto ante final, a una preocupación que compartimos: la del consenso y el diálogo, como aprendimos en aquella escuela de iniciación que fue «Cuadernos para el Diálogo» que fundara el siempre recordado, Joaquín Ruíz-Jiménez, don Joaquín para siempre entre nosotros. Y lo hago con palabras escritas en 2010 por nuestro común y entrañable amigo Óscar Alzaga, —cito: «Sería reconfortante que unos y otros hombres públicos superasen sus reticencias hacia los adversarios y se acercasen a ellos para decirles, en palabras de Pérez de Ayala: 'Aquí estoy contra mi voluntad. Y por mi voluntad'. (Fin de la cita).

Iniciamos nuestros primeros pasos cívicos aprendiendo la asignatura de la concordia, cuya etimología (*cum corde*) es unión de corazones. Y al dar estos primeros pasos al son de esta armonía, bien sabemos hoy, y tú mejor que nadie desde la atalaya del Teatro Real, que no hay concierto sin participación de la ciudadanía en los ritmos acompañados de la orquesta. Incluso si Sir Simon Rattle se empeñase en buscar en la soledad del desierto de Arabia el final de una gloria inacabada.

Tus palabras y tus métodos de trabajo señalan un camino en el que, sin duda, hay otros muchos caminantes.

Al recibirte en nombre de esta Real Academia, te deseamos largos años entre nosotros, Sr. Académico Correspondiente.

Enhorabuena. He dicho.

FRANCISCO J. CARRILLO MONTESINOS

Málaga, 2 de septiembre de 2016